



EDUARDO  
VALENZUELA C.

Decano Facultad  
de Ciencias Sociales  
Director Centro UC Estudios  
de Vejez y Envejecimiento  
Pontificia Universidad  
Católica de Chile

## COMENTARIO

La Encuesta de Calidad de Vida en la Vejez UC-Caja Los Andes completa cinco ediciones trienales relevando los problemas de seguridad y bienestar de las personas mayores en nuestro país. Esta última edición se produce y se publica, sin embargo, en una atmósfera algo diferente de las versiones anteriores realizadas dentro del gran ciclo de prosperidad económica que se vivió en las últimas décadas. 2019 puso en el tapete dramáticamente el problema de las pensiones de las personas mayores, del sistema previsional en su conjunto, y más profundamente de la manera cómo nuestra sociedad se hará cargo de la vejez hoy y en el futuro. Este problema no está resuelto. Nadie puede hacerse enteramente cargo por sí mismo de su propia vejez. También el peso y la responsabilidad que representan las personas mayores sobre los hogares y la familia directa se vuelven más intensos, sobre todo porque las familias son más pequeñas y débiles que en el pasado, y también porque envejecer se ha tornado un proceso más largo y exigente económica y sanitariamente que antes. Por último, el Estado mismo no puede hacerse cargo de los costes de un sistema previsional decente, sin acudir al esfuerzo de todos los chilenos que probablemente deberán pagar más de lo que lo hacen hoy por su futuro. Ni los individuos, ni las familias, ni el Estado pueden afrontar el problema por sí solos: un buen sistema previsional debe ser una combinación de todas estas voluntades.

2020 por su parte ha puesto de relieve los riesgos de salud que están implicados en el envejecimiento.

Ninguna otra pandemia había distribuido los riesgos sanitarios tan desigualmente en favor de los jóvenes y adultos sanos y en contra de los mayores. Ninguna otra tampoco había puesto a prueba tan exigentemente la solidaridad intergeneracional, porque la probabilidad de contagio es equivalente entre las edades, pero la de enfermar, hospitalizarse y morir afecta desproporcionadamente a los más envejecidos. La población joven de bajo riesgo sanitario ha debido sacrificarse, a veces duramente, por la salud y el bienestar de sus mayores. Casi todos tenemos mayores en nuestras casas y en nuestras familias, de manera que la solidaridad se ha cimentado sobre los lazos y el apego familiar del que ninguna sociedad podría prescindir. La pandemia ha dejado al descubierto la enorme importancia que tiene la familia como lugar y agente de protección social. También el Estado ha respondido mejor que nunca, y nos ha permitido redescubrir el valor del municipio y del contacto institucional cercano, así como del tejido de solidaridad vecinal y comunitario que -aunque con restricciones- ha respondido lo mejor que puede en un país donde falta todavía mucho por construir verdaderamente comunidad residencial. La pandemia ha hecho patente asimismo la realidad de aquellos que envejecen solos (o acompañados solamente por una pareja de la misma edad) y de aquellos que envejecen en hogares institucionales que carecen de resolución sanitaria y operan informalmente al margen de cualquier control social de sus condiciones de vida. Entre los primeros deben contarse de manera especial los que viven en

zonas rurales y lugares apartados donde se concentra población envejecida que -aunque menos afectada por la pandemia debido al aislamiento- han sufrido como nadie los dolores del distanciamiento familiar y de la inseguridad sanitaria. Entre los segundos, aquellos que viven en establecimientos precarios y condiciones mínimas de alimentación y cuidado. El confinamiento forzoso de toda la población mayor asimismo ha sido un mudo testimonio del sacrificio realizado por las personas mayores que han devuelto con responsabilidad y paciencia lo que han recibido de toda la sociedad.

Estos últimos dos años han sido señeros en relevar la realidad de las personas mayores en nuestro país y los delicados desafíos que presenta el proceso de envejecimiento. Sin embargo, nunca estará de más insistir que el envejecimiento no es el problema de un determinado grupo de edad, sino de todos. Todos envejecemos, sea porque hoy debemos hacernos cargo de aquellos que ya han envejecido -la pandemia lo ha mostrado dramáticamente- y porque hoy, y no mañana, cada cual debe hacerse responsable de su futura vejez.